


CAPÍTULO XII

Ataque al poblado de Vega alta.—Columna en su auxilio.—Detalles.—Dispersión y fuga del enemigo.—Informes de la campaña.—Reconocimiento y exploración.—Hallazgo de un depósito de armas.—Encuentro en «Cerro Calvo.»—Regreso á Seibabo.—Incendio y destrucción de varios puntos de la guardia civil.—La columna del capitán señor Cañadas.—En la Siguanea.—Caminante sospechoso.—Prisionero y guía.—Sorpresa y destrucción de un campamento enemigo en las lomas de la Siguanea.



ESDE Camajuaní se comunicó aviso telefónico en la tarde del 16, al general Luque, gobernador militar la provincia de Santa Clara, de que una numerosa partida insurrecta tenía el propósito, según confidencias recibidas, de atacar el poblado de Vega alta.

El general telegrafió inmediatamente al Administrador del ferro-carril de Sagua, ordenándole que para las tres y media de la madrugada del siguiente día 17 tuviera dispuesto un tren en Camajuaní, para conducir tropas á la vez que ordenó al comandante militar de esta población, que á la misma hora estuviese formada en la estación, en disposición de marchar á operaciones, una columna de 230 hombres de infantería y algunos caballos, al mando del teniente coronel de Alfonso XIII, Sr. Velarde.

A la hora indicada, la fuerza se hallaba dispuesta en el lugar designado; pero el tren no llegó hasta las seis de la mañana.

Mientras la columna esperaba el tren para embarcar y cumplir las órdenes del general, los insurrectos avanzaron sobre Vega alta, disparando contra el poblado, siendo detenidos en su avance por el fuego del destacamento de treinta hombres que al mando de un segundo teniente guarnecía un mal fortín, sin condiciones de defensa que había en el poblado.

Por fin llegó el esperado tren que condujo á la columna del teniente coronel señor Velarde á Tunicú, donde desmontó la tropa, y á pié marchó seguidamente hacia el poblado de Vega alta, en previsión de que el enemigo hubiera cortado el puente que existe sobre Sagua la Chica, antes de llegar al citado poblado, y pudiese producir una catástrofe para las tropas.

La columna llegó á Vega alta en el momento crítico en que el enemigo se apercibía para entrar al asalto.

A los primeros disparos de nuestros soldados, en su mayor parte voluntarios y quintos, que allí recibieron su bautismo de fuego los insurrectos huyeron precipitadamente.



CABECILLA BARTOLOMÉ MASSÓ

* * *

Nuestro corresponsal en Remedios, nos dió cuenta del hecho en los siguientes términos:

«Ayer, (día 17) entre nueve y diez de la mañana, al pasar el tren expreso de la línea de Sagua, que conducía dos compañías de Alfonso XIII con destino á esta jurisdicción, entre Tunicú y Vega alta, se observaron emboscadas insurrectas á lo largo de la vía.

Temiendo el jefe de la fuerza que aquellas fuesen alguna avanzada de numerosa partida que esperase el paso del tren para atacarle, ordenó que este parara á cierta distancia y dispuso el ataque á los rebeldes.

Rompióse el fuego por ambas partes, y dispersose el enemigo en dirección á El Salto, perseguido por nuestras tropas.

Como esta operación produjo el consiguiente retraso al tren, otro de mercancías que de Camajuaní se dirigía á Sagua, al tener noticia de lo que ocurría, retrocedió desde Vega alta al punto de partida, conduciendo á varias familias que huyendo de los rebeldes recogió á su paso en las estaciones y paraderos de la línea, y cuya llegada á Camajuaní produjo gran alarma en la población.

En el tren mixto llegó poco después el teniente coronel comandante militar de Remedios, señor Devós y al enterarse de lo que ocurría, ordenó se tocase llamada, y con toda la fuerza de voluntarios que reunió y se reconcentró, dirigióse inmediatamente en dicho tren de mercancías, precedido de una máquina exploradora de la línea de Caibarien, al paradero de Vega alta.

A su llegada encontró la columna del teniente coronel señor Velarde, quien le dió cuenta de la dispersión y fuga del enemigo, por lo que después de haber reforzado aquel destacamento con treinta y dos hombres y un sargento, regresó en el mismo tren á Camajuaní.

Entonces el señor Velarde y sus fuerzas salieron en persecución del enemigo.

En el momento del encuentro y en una de las primeras descargas

hechas por el enemigo, resulto herido levemente el soldado del regimiento de caballería de Pizarro, José Cano Guerrero, atravesándole, además, el cuello al caballo que montaba,

Un muchacho que se hallaba presenciando el combate desde un árbol resultó también herido de bala en ambas piernas.

Las partidas que han atacado el poblado de Vega alta, se dice las mandaba el polaco Roloff á quien acompañan los cabecillas Serafin Sanchez y Ramon Cabrera, procedentes estos últimos de los Estados Unidos. El número de rebeldes que en junto reunian dichas partidas se hace ascender á más de mil hombres.»



El mismo corresponsal nos dió también en su carta los siguientes informes acerca del paso del *generalísimo* Gómez al Camagüey.

«Refirióme un testigo presencial y persona que me merece entero crédito, que al pasar Máximo Gómez por el punto denominado Jagüey, iba acompañado por los cabecillas Paquito Borrero, Mendieta, Capo y Quillo Sanchez.

Las fuerzas que llevaba ascendían á 205 hombres; de ellos sólo 140 armados y estos, algunos, con escopetas.

Salieron de Jagüey y durmieron en «Sitio Viejo», desde donde fueron á pernoctar al siguiente día á Jabodulce.

A su paso por el «Pilar» se les unió una partida procedente de Oriente, compuesta de unos 200 hombres, que había ido hasta allí por Ojo de Agua.

En aquel punto se les reunieron unos cuantos más, y para pasar el río Jatibonico, que estaba algo crecido, tomaron un práctico, el cual los fué contando uno por uno y aseguró sumaban 507 hombres.

Al otro lado del río se les agregaron otras dos partidas, una de veinte hombres y de treinta la otra, y en Loreto se les unieron la partida de Juan Pupo, compuesta de veinte hombres y otra más pequeña capitaneada por Mamerto Cabrera.

La persona que vió todo lo referido y que me lo contó, díjome que Máximo Gomez está muy viejo y achacoso y que al hablar le tiembla la voz.

También me dijo que lleva una numerosa escolta de gente bien montada.

Así mismo confirmó la muerte del cabecilla *Paquito* Borrero en el asalto ó ataque al poblado de Altagracia.

Borrero era el segundo de Máximo Gomez, á quien este había conferido el cargo de *mayor general* del Camagüey.

Para sustituir á Martí han designado los filibusteros á Estrada; pero á penas se ha tratado de designar Jefes, han saltado las rivalidades entre los *libertadores* de Cuba.

El contrincante de Estrada ha sido Bartolo Massó, quien á su vez está disgustado con Maceo, por haber conferido éste al pardo Quintín Banderas el mando de la jurisdicción en que aquél opera.»

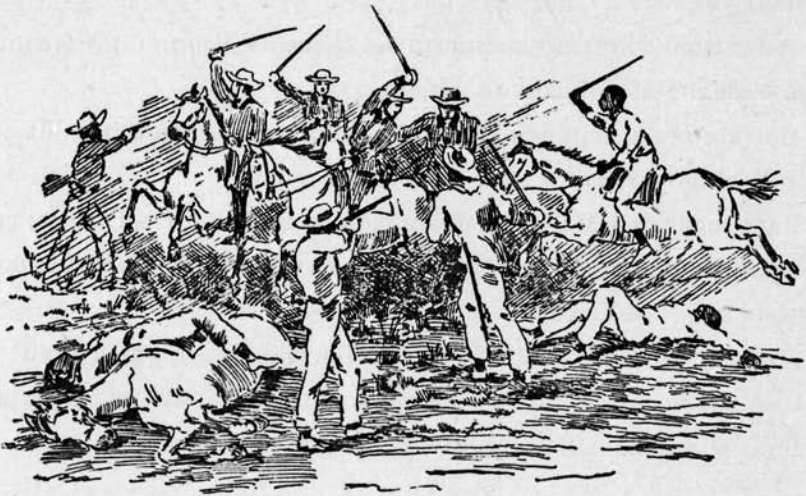
*
* *
*

Noticioso el general Prats, gobernador militar de la provincia de Matanzas, de que en un potrero, sito en la Guanabana, existía un depósito de armas, de las que los filibusteros pretendían apoderarse para los fines que son de suponer, dictó desde Bolondrón las órdenes oportunas para la busca y aprehensión de dichas armas, así que para la de los que se atrevieran á ir por ellas.

Con este fin, ordenó que las tropas rodearan el *cuartón* de la Gua-

nabana, colocando en los pasos del río Caminar conocidos con los nombres de Andarribal, Tumbalero, Piedras y Castillito, grupos de guardias civiles, voluntarios y guerrilleros de Matanzas, y en el interior del caserío sesenta hombres de María Cristina y diez y ocho de la guardia civil, al mando del teniente coronel de este cuerpo, don José María Rojo.

Tomadas estas acertadas disposiciones y cercadas las fincas en que



El sargento y sus catorce guardias pudieron apoderarse de una altura... (pág. 729)

podía encontrarse el depósito, dispuso que el sargento de la guardia civil, jefe del puesto de Matanzas, Gregorio Calvo, con nueve guardias, explorara y reconociera aquéllas.

La operación comenzó á practicarse á la una de la madrugada del día 18, y despues de cuatro horas y media de pesquisas, el sargento Calvo y sus guardias hallaron en terreno del potrero de la propiedad de don Gregorio Valero, escondidas en una maniguas del lado izquier-

do del camino y cubiertas de hules, trapos medio podridos y hierbas, las armas siguientes:

85 tercerolas, 6 rifles Winchester, 50 machetes, 48 carteras ó bolsas de municiones, 30 bandoleras, 13 catrales, 16 ganchos de tercerolas, unas 12,000 cápsulas para id., rifles y revólvers, 5 hamacas, 3 banderas insurrectas y varios hules, vendas, esparadrapos y algodón fenicado.

Todas estas armas y efectos que se hallaban oxidados y en mal estado á causa de la humedad del suelo, efecto de las recientes lluvias, fueron cargadas en una carreta que tirada por tres yuntas de bueyes y convenientemente custodiada las llevó á Matanzas, donde llegaron á las tres de la tarde del propio día, y fueron depositadas en el cuartel de la guardia civil.

* * *

Habiendo llegado á noticia del oficial del batallón de América, jefe del destacamento de Seibabo, término de Santa Clara, de que por el punto llamado «El Roble» merodeaba una partida insurrecta compuesta de siete hombres armados y montados, dispuso que inmediatamente saliera un sargento y catorce soldados en su persecución.

Cuando la pequeña fuerza llegó cerca del sitio llamado «Cerro Calvo», vióse acometida por un grupo de cincuenta *mambises* montados que le intimaron la rendición.

El sargento y sus catorce hombres pudieron apoderarse de una altura inmediata, desde la que se defendieron con el mayor denuedo del brusco ataque del enemigo, disparando sus armas incesantemente contra los rebeldes, que, fiados en la ventaja del número trataron de forzar las posiciones que ocupaba la tropa, hasta que cayendo herido, en

tre otros, uno de los que más se movían y animaban á los de la facción, y que al parecer era su jefe, hubo de ser recogido, con los demás heridos, por sus compañeros, y emprendieron todos la retirada.

Nuestras fuerzas, entonces, en previsión de que la retirada del enemigo fuese una celada, retiróse por las alturas de las lomas de Cerro Calvo en dirección á Santa Clara, á donde llegó sin novedad al medio día, dando conocimiento del suceso á la autoridad militar.

El coronel encargado del despacho, señor Reyes, ordenó, que la fuerza acompañada por tiradores Maüsser, al mando del bizarro segundo teniente, señor Garcia, regresase inmediatamente á Seibabo á reunirse á su destacamento.

En la expedición de regreso fué reconocido el lugar de la acción, en el cual fueron hallados dos caballos muertos y uno herido, que los rebeldes habían abandonado.



La partipa insurrecta del cabecilla Toledo incendió la casa-cuartel de la guardia civil del puesto de Iguanojo (Trinidad).

En la casa, que estaba abandonada, se hallaban los equipos y mensje de los guardias que componían el destacamento, todo lo cual quedó destruido por el fuego.

El mismo día estuvo en el Cedro, cerca de Baez, otra partida de rebeldes, compuesta de unos setenta hombres armados y montados.

Los insurrectos por orden del que los capitaneaba, incendiaron también la casa cuartel de la guardia civil, que así mismo estaba abandonada.

Se ignora quien fuera el jefe de la partida; pero entre los indivi-

duos que la componían se encontraban los que hacía pocos días se habían unido á los insurrectos que habían atacado á Provincial.

Al retirarse del Cedro, tomaron la dirección de Güina de Miranda (Trinidad).

Era de notar el afán que demostraban los *mambises* por destruir los puestos de la guardia civil.

Esto hacía suponer que en esas partidas figurasen no pocos individuos que en determinadas ocasiones hubiesen considerado como un estorbo para sus propósitos á los destacamentos de la benemérita; pues lo cierto era, que los hombres de posición social conocida, que eran precisamente los que pudieran interesarse por la existencia y conservación de las casas-cuarteles, se contaban en muy escaso número en el campo revolucionario de Las Villas.

* * *

Después de algunos días de gloriosa y fatigosa campaña, regresó á Santa Clara la columna que al mando del bravo capitán de la guardia civil don Facundo Cañadas había salido á operaciones por aquella provincia.

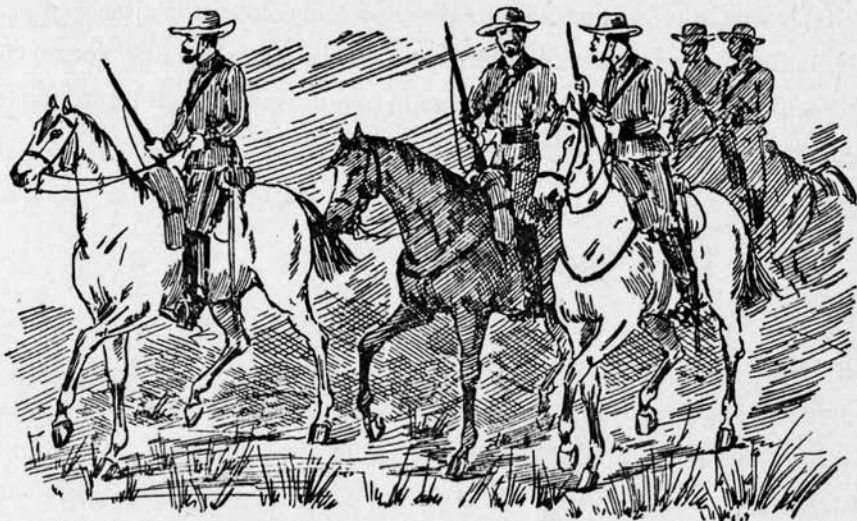
Las fuerzas que componían la columna que batió en la Sigüanea á la partida insurrecta del titulado *coronel* Lino Pérez, estaba formada por 80 hombres de caballería, pertenecientes en su mayor parte á la guardia civil, y los demás al cuerpo de voluntarios de San Juan de las Yeras.

La vanguardia de la pequeña columna iba mandada por el segundo teniente de la guardia civil don Vicente Diácono y los voluntarios de San Juan por su capitán don Bernardo Calleja y primer teniente don Ramón Calleja.

También formaban parte de esa fuerza el teniente de la guerrilla de Alfonso XIII, don Alfonso Epifáneo Bellini y tres individuos de la misma. Además, acompañábanla dos prácticos.

Habíase empeñado el bizarro capitán Cañadas en batir al *coronel* filibustero, cuya partida persiguió con verdadera tenacidad de navarro, durante varios días.

En su persecución por las frondosidades de la manigua, montes y



...Gregorio Calvo, con nueve guardias, explorara y reconociera aquéllas. (Pág. 728).

lomas cercanos á la Sigüanea, jurisdicción de Cienfuegos, padecieron los soldados toda clase de penalidades. Faltos de provisiones, el jefe de la columna alimentaba á su gente como las circunstancias del lugar y los medios que en él encontraba se lo permitían, comprando lo que hallaba y querían venderle, conformándose todos con aquello que encontrarse podía.

El bravo capitán y sus valientes guardias y guerrilleros no tenían más objetivo ni otro deseo y afán que encontrar y batir al enemigo; y, á fé, que por fin lo lograron, echando al olvido después las fatigas y penalidades sufridas.

* * *

Cerca ya de los montes de la Siguanea, á donde les llevara su tenaz empeño en dar con el enemigo que rehuía todo encuentro, y á la entrada del Guayabo, halló la columna una pequeña avanzada enemiga, la cual, al ver la vanguardia de nuestras fuerzas que á rienda suelta cargaron sobre ella, huyó presurosa, dejando en poder de las tropas seis caballos con monturas y gran cantidad de carne ya preparada para salarla.

Al poco raro oyéronse algunos tiros aislados que resonaban de loma en loma, como señales ó avisos, sin duda de la presencia de las tropas.

Por confidencias recibidas y noticias recogidas en el camino por el jefe de la columna acerca del paradero del enemigo, creía el capitán Cañadas encontrarle en Siguanea, por el lado del Sumidero, lugar de difícilísimo acceso, y punto inasequible para la caballería.

Esta circunstancia era conocida por el bizarro capitán, que no fué bastante para detenerle en su marcha ni hacerle desistir de su tenaz empeño, á pesar de los consejos de varios vecinos de aquel poblado de que no se arriesgara á penetrar en el monte, por que se exponía á ser copado por fuerzas numerosas del enemigo que se hallaba acampado en las lomas. Nada bastó para hacerle desistir de la realización de sus propósitos y deseos.

Sin embargo, lo que el consejo y la persuasión no pudieron conse-

guir en la voluntad del tenaz cuanto arrojado militar, hizolo la Naturaleza.

Para llegar al Sumidero era necesario atravesar el Río Negro, y las turbias aguas, desbordadas por las riberas y despeñándose impetuosas por entre las abras de aquellas montañas, impidieron el paso á aquellos valientes.

Ante esta imprevista dificultad hubo de acampar allí la columna, y dióse descanso á los fatigados caballos.

Al llegar el día púsose en camino guiada por un práctico, á fin de que por otros sitios los llevase al Sumidero,

Corto trecho habían andado, cuando se encontraron con un joven caminante, ginete en buena cabalgadura, armado de un quitasol y de aspecto pacífico, á juzgar por las apariencias.

Detenido el caminante por las tropas de la vanguardia, á quienes infundó sospechas su presencia en aquellos sitios y á aquella hora matinal, á pesar de su aspecto pacífico, lo condujeron ante su jefe.

* * *

El capitán Cañadas, ducho en el oficio de la guardia civil, sometiólo á un largo y hábil interrogatorio.

Desconcertóse el joven en sus respuestas, que resultaron contradictorias, y apretado cada vez más por la lógica del capitán y estrechado por sus hábiles preguntas, confesó, al fin la verdad, diciendo que militaba en la partida del cabecilla insurrecto *coronel* Lino Pérez y que sus armas las había ocultado en un lugar próximo, que mostró, siendo halladas y recogidas por los guardias.

El prisionero manifestó llamarse Jesús Castellanos y ser vecino de Cienfuegos, y obligado por las intimaciones y amenazas del capitán

Cañadas, declaró que en lugar próximo al sitio en que se hallaba en aquel momento, se encontraba acampada la partida á que pertenecía.

Haciéndole servir de guía, dirigióse el capitán Cañadas con su columna al punto indicado, y, en efecto, en una profunda hondonada que formaban dos altísimas lomas, al pié de espeso monte bordeado por un arroyo, viéronse muchos caballos aparejados y amarrados á los troncos de árboles y arbusto.

La columna dividióse en distintos grupos y echando pié á tierra los ginetes, emprendió el descenso por las peligrosas pendientes de aquellos montes accidentadísimos.

Hasta que llegaron los primeros grupos á lo más bajo de la hondonada no fueron vistos por los insurrectos.

Entonces rompieron número fuego de fusilería sobre nuestras tropas, que inmediatamente fué contestado por los valientes guardias. sin dejar de avanzar todo lo ligeros que el terreno se lo permitía hacia el campamento enemigo y las posiciones que á su alrededor ocupaba en el monte.

Las balas de los *mambises*, disparadas desde las alturas en que estos se hallaban, pasaban por encima de las cabezas de nuestros soldados; pero no sucedía lo mismo con las que éstos les enviaban desde abajo, las cuales resultaban de efecto seguro por las condiciones del tiro y de la posición en el disparo.



CAPITAN JAMES CROSSMAN

Los insurrectos que cometían la imprudencia ó descuido de ponerse al descubierto, caían bajo el plomo que vomitaban los cañones de los fusiles de los intrépidos guardias, muertos ó heridos por sus certeros y seguros disparos.

Los dos primeros de aquéllos fueron retirados por sus compañeros que cargaron con sus cuerpos y huyeron por una de las estribaciones de la loma, y varios de los segundos fueron retirados por otros, huyendo tambien por el mismo lugar hacia el interior del monte.

Las tropas, dueñas del campamento, se apoderaron de 36 caballos con monturas y de varios efectos que en él abandonaron los rebeldes.

Al ruido de los disparos, otros muchos caballos se espantaron y se soltaron, sin que fuera posible cojerlos, por impedir su persecución y alcance la fatiga que sentía la tropa después de la lucha sostenida subiendo aquellas empinadas cuestas.

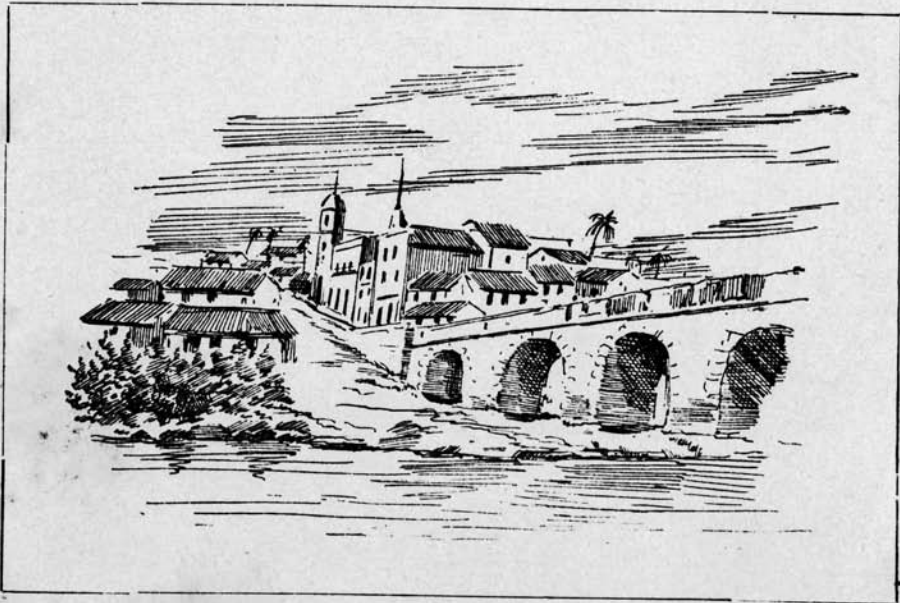
El prisionero y los caballos cojidos fueron conducidos á la capital donde aquél fué entregado á las autoridades militares, y éstos fueron destinados al servicio de las guerrillas.

¡Digno fué del mayor encomio el valor y la intrepidez demostrados por el bravo capitán señor Cañadas y sus valientes guardias y voluntarios de San Juan en las lomas de la Siguanea!





IGLESIA EN SANTA CLARA



PUENTE DE YAYABA (Sancti-Spíritus)